

Fiódor Dostoyevski

Noches blancas  
El pequeño héroe  
Un episodio vergonzoso

Traducción directa del ruso  
y nota preliminar de Juan López-Morillas



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Belye nochi – Málenki guerói – Shkverny anekdot*

Primera edición: 1982

Tercera edición: 2012

Decimoprimera reimpresión: 2024

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Phil Borges: *Mujer susurrando al oído de un hombre* (detalle).

© Getty Images

Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y la nota preliminar: Frances López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-6566-5

Depósito legal: M. 46.587-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Nota preliminar
  - Noches blancas
- 17 Noche primera
- 33 Noche segunda
- 52 Historia de Nástenka
- 65 Noche tercera
- 74 Noche cuarta
- 87 La mañana
  
- 91 El pequeño héroe
  
- 145 Un episodio vergonzoso



# Nota preliminar

Los tres relatos que se ofrecen en este volumen han sido escogidos como ilustración de tres maneras diferentes del “primer” Dostoyevski, si por tal entendemos el anterior a la publicación de las grandes novelas (*Crimen y castigo*, *El idiota*, *Los demonios*, *Los hermanos Karamázov*)<sup>1</sup> que le han dado renombre universal. Ese “primer” Dostoyevski es también el que, junto con otros miembros del llamado “Círculo Petrashevski”, es sentenciado a muerte en 1849 y, tras un cruel simulacro de ejecución, enviado a Siberia, donde cumple cuatro años de condena a trabajos forzados en Omsk y cinco más de servicio militar punitivo, como soldado raso en Semipalátinsk. En 1859 es amnistiado y se le permite regresar a Petersburgo. Dostoyevski publica el primero de los relatos incluidos en este volumen, *Noches blancas*, en 1848, meses

1. Todas ellas publicadas en esta Biblioteca de autor. (*N. del E.*)

antes de iniciarse su trágico decenio; escribe *El pequeño héroe* en 1849, poco después de quedar recluido en la fortaleza de Pedro y Pablo donde aguarda la sentencia del tribunal; pero las autoridades no permiten la publicación de la novelita hasta 1857; por último, imprime *Un episodio vergonzoso* en 1862 en la revista *Vremia (Tiempo)* fundada por él mismo un año antes.

*Noches blancas*, que lleva como subtítulo el de «Novela sentimental (Recuerdos de un soñador)», pertenece a la época en que Dostoyevski entra en la redacción de la *Peterbúrgskaya létopis (Gaceta de Petersburgo)* para encargarse de la «Crónica de Petersburgo», folletón que le permite recoger y ordenar en forma artística cuanto de interés encuentra en sus callejeos por la capital. Según la entiende Dostoyevski, la «crónica» es un comentario ligero sobre temas de actualidad –tipos y costumbres, espectáculos, libros, festejos, conciertos, etc.–, algo bastante semejante a las «escenas» del costumbrismo español. Ahora bien, desde el primer momento Dostoyevski inyecta en la «crónica» una nota lírica que diluye la realidad objetiva en visión íntima. Su declarada condición de *flâneur* que recorre incansable las calles y callejas de Petersburgo lleva aneja la facultad mágica de transmutar el mundo circunstante en poesía, facultad que a su vez confiere a aquellos personajes de sus ficciones que califica de soñadores, esto es, a aquellos que se sirven de la realidad como de simple estribo para cabalgar a su antojo por mundos imaginarios.

El tema de la infancia figura entre los preferidos de Dostoyevski, aunque quizá por lo sombrío de la suya propia son raros los niños felices que transitan por las pági-

nas de sus novelas. Diríase que para él la infancia equivale al melancólico aprendizaje de una vida concebida, por lo común, como injusticia, privación y dolor. Notable excepción a este postulado general la constituye *El pequeño héroe*. El protagonista es un niño de familia acomodada que, en el umbral de la pubertad, se halla casualmente en una casa de campo frecuentada por visitantes de la alta sociedad entregados al ocio y las diversiones mundanas. El niño se ve sin querer envuelto en las bromas equívocas de una dama y la intriga amorosa de otra que, por un lado, le perturban espiritualmente y, por otro, le inician vagamente en el misterio de la sexualidad.

El cambio de tono e intención que representa *Un episodio vergonzoso* respecto de las dos obras anteriores es evidente. *Noches blancas* y *El pequeño héroe* reflejan lo estrechamente vinculado al romanticismo que estaba el Dostoyevski anterior al decenio siberiano. Fue el suyo, sí —como el de Gógol, de quien tanto aprendió— un romanticismo *sui generis*, en que lo ideal y lo burlesco, lo doloroso y lo festivo, se daban en desconcertante, pero a menudo fecundo, maridaje. Los ojos del novelista preferían todavía ver en la realidad sólo aquello que le permitía evadirse de ella o al menos hacerla tolerable. Pero Siberia le obliga a limpiarse la vista de telarañas sentimentales. *Un episodio vergonzoso* desenmascara, con la crudeza propia del Dostoyevski maduro, la retórica fraudulenta y las posturas teatrales que surgen de la «regeneración» —mucho más aparente que real— de Rusia provocada por el Edicto de Emancipación de los siervos de 1861. El protagonista, Iván Ilich Pralinski, representa el nuevo tipo de alto funcionario que se precia de haber cobrado fama

de «liberal impenitente» porque «hablaba por los codos y adoptaba de buen grado posturas parlamentarias». Con la condescendencia de su estirpe aristocrática, cree que basta con mostrarse «humanitario» con sus subordinados para resolver todos los problemas sociales y fomentar «la renovación de las cosas». Cuando para dar ejemplo de sus buenas intenciones se presenta inopinadamente en el baile y la cena que siguen a la boda de un mísero escribiente de su negociado, su «humanitarismo» se desmorona entre frases huecas, la incomprensión y hostilidad de los invitados y el champaña con que se emborracha sin acordarse del sacrificio que su compra ha supuesto a un empleado que recibe diez rublos mensuales de sueldo. La obra es una caricatura inmisericorde de la clase dirigente en la Rusia de Alejandro II.

Juan López-Morillas



Noches blancas  
Novela sentimental (Recuerdos de un  
soñador)



*¿O fue creado  
para estar siquiera un momento  
en las cercanías de tu corazón?*

I. Turguénev



# Noche primera

Era una noche maravillosa, una de esas noches, amable lector, que quizá sólo existen en nuestros años mozos. El cielo estaba tan estrellado, tan luminoso, que mirándolo no podía uno menos de preguntarse: ¿pero es posible que bajo un cielo como éste pueda vivir tanta gente atrabiliaria y caprichosa? Ésta, amable lector, es también una pregunta de los años mozos, muy de los años mozos, pero Dios quiera que te la hagas a menudo. Hablando de gente atrabiliaria y por varios motivos caprichosa, debo recordar mi buena conducta durante todo ese día. Ya desde la mañana me atormentaba una extraña melancolía. Me pareció de pronto que a mí, hombre solitario, me abandonaba todo el mundo, que todos me rehuían. Claro que tienes derecho a preguntar: ¿y quiénes son esos «todos»? Porque hace ya ocho años que vivo en Petersburgo y no he podido trabar conocimiento con nadie. ¿Pero qué falta me hace conocer a gente alguna? Porque

aun sin ella, a mí todo Petersburgo me es conocido. He aquí por qué me pareció que todos me abandonaban cuando Petersburgo entero se levantó y salió acto seguido para el campo. Fue horrible quedarme solo. Durante tres días enteros recorrí la ciudad dominado por una profunda angustia, sin darme clara cuenta de lo que me pasaba. Fui al Nevski Prospekt, fui a los jardines, me paseé por los muelles; pues bien, no vi ni una sola de las personas que solía encontrar durante el año en tal o cual lugar, a esta o aquella hora. Esas personas, por supuesto, no me conocen a mí, pero yo sí las conozco a ellas. Las conozco a fondo, casi me he aprendido de memoria sus fisonomías, me alegro cuando las veo alegres y me entristezco cuando las veo tristes. Estuve a punto de trabar amistad con un anciano a quien encontraba todos los días a la misma hora en la Fontanka. ¡Qué rostro tan impresionante, tan pensativo, el suyo! Caminaba murmurando continuamente y accionando con la mano izquierda, mientras que en la derecha blandía un bastón nudoso con puño de oro. Él también se percató de mí y me miraba con vivo interés. Estoy seguro de que se ponía triste si por ventura yo no pasaba a esa hora precisa por ese lugar de la Fontanka. He ahí por qué algunas veces estuvimos a punto de saludarnos, sobre todo cuando estábamos de buen humor. No hace mucho, cuando nos encontramos al cabo de tres días de no vernos, casi nos llevamos la mano al sombrero, pero afortunadamente nos dimos cuenta a tiempo, bajamos el brazo y pasamos uno junto a otro con un gesto de simpatía. También las casas me son conocidas. Cuando voy por la calle parece que cada una de ellas me sale al encuentro, me mira con

todas sus ventanas y casi me dice: «¡Hola! ¿Qué tal? Yo, gracias a Dios, voy bien, y en mayo me añaden un piso». O bien: «¿Cómo va esa salud? A mí mañana me ponen en reparaciones». O bien: «Estuve a punto de arder y me llevé un buen susto». Y así por el estilo. Entre ellas tengo mis preferidas, mis amigas íntimas. Una de ellas tiene la intención de ponerse en tratamiento este verano con un arquitecto. Iré de propósito a verla todos los días para que no la curen al buen tuntún. ¡Dios la proteja! Nunca olvidaré lo que me pasó con una casita preciosa pintada de rosa claro. Era una casita adorable, de piedra, y me miraba de un modo tan afable y observaba con tanto orgullo a sus desgarbadas vecinas que mi corazón se henchía de gozo cuando pasaba ante ella. Pero de repente, la semana pasada, cuando bajaba por la calle y eché una mirada a mi amiga, oí un grito de dolor: «¡Me van a pintar de amarillo!». ¡Malvados, bárbaros! No han perdonado nada, ni siquiera las columnas o las cornisas; y mi amiga se ha puesto amarilla como un canario. A mí casi me dio un ataque de ictericia con ese motivo. Y ésta es la hora en que no he tenido fuerzas para ir a ver a mi pobre amiga desecrada, teñida del color nacional del Imperio Celeste.

Así, pues, lector, ya ves de qué manera conozco todo Petersburgo.

Ya he dicho que durante tres días enteros me tuvo atormentado la inquietud hasta que por fin averigüé su causa. En la calle no me sentía bien —éste ya no está aquí, ni este otro; y ¿adónde habrá ido aquel otro?—, ni tampoco en casa. Durante dos noches seguidas hice un esfuerzo: ¿qué echo de menos en mi rincón?, ¿por qué

me es tan molesto permanecer en él? Miraba perplejo las paredes verdes y mugrientas, el techo cubierto de telarañas que con gran éxito cultivaba Matriona; volvía a examinar todo mi mobiliario, a inspeccionar cada silla, pensando si no estaría ahí la clave de mi malestar (porque basta que una sola de mis sillas no esté en el mismo sitio que ayer para que ya no me sienta bien), miré por la ventana, y todo en vano..., no hallé alivio. Decidí incluso llamar a Matriona y reprenderla paternalmente por lo de las telarañas y, en general, por la falta de limpieza, pero ella se limitó a mirarme con asombro y me volvió la espalda sin decir palabra; así, pues, las telarañas siguen todavía felizmente en su sitio. Por fin esta mañana logré averiguar de qué se trataba. Pues nada, que todo el mundo estaba saliendo de estampía para el campo. Pido perdón por la frase vulgar, pero es que ahora no estoy para expresarme en estilo elevado..., porque, así como suena, todo lo que encierra Petersburgo se iba a pie o en vehículo al campo. Todo caballero de digno y próspero aspecto que tomaba un coche de alquiler se convertía al punto en mis ojos en un honrado padre de familia que, después de las consabidas labores de su cargo, se dirigía desembarazado de equipaje al seno de su familia en una casa de campo. Cada transeúnte tomaba ahora un aire singular, como si quisiera decir a sus congéneres: «Nosotros, señores, estamos aquí sólo de paso. Dentro de un par de horas nos vamos al campo». Se abría una ventana, se oía primero el telear de unos dedos finos y blancos como el azúcar, y asomaba la cabeza de una muchacha bonita que llamaba al vendedor ambulante de flores; al punto me figura-



ba yo que estas flores se compraban, no para disfrutar de ellas y de la primavera en el aire cargado de una habitación ciudadana, sino porque todos se iban pronto al campo y querían llevarse las flores consigo. Pero hay más, y es que había adquirido ya tal destreza en este nuevo e insólito género de descubrimientos que podía, sin equivocarme, guiado sólo por el aspecto físico, determinar en qué tipo de casa de campo vivía cada cual. Los que las tenían en las islas Kámenny y Aptékariski o en el camino de Peterhof, se distinguían por la estudiada elegancia de sus modales, por su atildada indumentaria veraniega y por los soberbios carruajes en que venían a la ciudad. Los que las tenían en Párgolovo, o aún más lejos, impresionaban desde el primer momento por su prestancia y prudencia. Los de la isla Krestovski se destacaban por su continente invariablemente alegre. Sucedió que tropezaba a veces con una larga hilera de carreteros que con las riendas en la mano caminaban perezosamente junto a sus carromatos, cargados de verdaderas montañas de muebles de toda laya, mesas, sillas, divanes turcos y no turcos, y otros enseres domésticos, y encima de todo ello, en la cumbre misma de la montaña, iba a menudo sentada una macilenta cocinera, protectora de la hacienda de sus señores como si fuera oro en paño. O veía pasar, cargadas hasta los topes de utensilios domésticos, barcas que se deslizaban por el Nevá o la Fontanka hasta Chórnaya Rechka o las islas. Los carros y las barcas se multiplicaban por diez o por ciento a mis ojos. Parecía que todo se levantaba y se iba, que todo se trasladaba al campo en caravanas enteras, que Petersburgo amenazaba con quedarse desierto —y

llegué al punto de tener vergüenza, de sentirme ofendido y triste—. Yo no tenía adónde ir, ni por qué ir al campo, pero estaba dispuesto a irme con cualquier carromato, con cualquier caballero de aspecto respetable que alquilara un coche de punto. Nadie, sin embargo, absolutamente nadie me invitaba. Era como si se hubieran olvidado de mí, como si efectivamente fuera un extraño para todos.

Anduve mucho, largo tiempo, hasta que, como me ocurre a menudo, perdí la noción de dónde estaba, y cuando volví en mi acuerdo me hallé a las puertas de la ciudad. De pronto me sentí contento, rebasé el puesto de peaje y me adentré por los sembrados y praderas sin parar mientes en el cansancio, sintiendo sólo con todo mi cuerpo que se me quitaba un peso del alma. Los transeúntes me miraban con tanta afabilidad que se diría que les faltaba poco para saludarme. No sé por qué todos estaban alegres, y todos, sin excepción, iban fumando cigarros. También yo estaba alegre, alegre como hasta entonces nunca lo había estado. Era como si de pronto me encontrase en Italia —tanto me afectaba la naturaleza, a mí, hombre de ciudad, medio enfermo, que casi comenzaba a asfixiarme entre los muros urbanos.

Hay algo inefablemente conmovedor en nuestra naturaleza petersburguesa cuando, a la llegada de la primavera, despliega de pronto toda su pujanza, todas las fuerzas de que el cielo la ha dotado, cuando gallardea, se engalana y se tiñe con los mil matices de las flores. Me recuerda a una de esas muchachas endeblés y enfermizas a las que a veces se mira con lástima, a veces con una especie de

afecto compasivo, y a veces sencillamente no se fija uno en ellas, pero que de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, sin que se sepa cómo, se convierten en beldades singulares y prodigiosas. Y uno, asombrado, cautivado, se pregunta sin más: ¿qué impulso ha hecho brillar con tal fuego esos ojos tristes y pensativos?, ¿qué ha hecho volver la sangre a esas mejillas pálidas y sumidas?, ¿qué ha regado de pasión los rasgos de ese tierno rostro?, ¿de qué palpita ese pecho?, ¿qué ha traído de súbito vida, vigor y belleza al rostro de la pobre muchacha?, ¿qué la ha hecho iluminarse con tal sonrisa, animarse con esa risa cegadora y chispeante? Mira uno en torno suyo buscando a alguien, sospechando algo. Pero pasa ese momento y quizás al día siguiente encuentra uno la misma mirada vaga y pensativa de antes, el mismo rostro pálido, la misma humildad y timidez en los movimientos; y más aún: remordimiento, rastros de cierta torva melancolía y aun irritación ante el momentáneo enardecimiento. Y le apena a uno que esa instantánea belleza se haya marchitado de manera tan rápida e irrevocable, que haya brillado tan engañosa e ineficazmente ante uno; le apena el que ni siquiera hubiese tiempo bastante para enamorarse de ella...

Mi noche, sin embargo, fue mejor que el día. He aquí lo que pasó:

Regresé a la ciudad muy tarde y ya daban las diez cuando llegué cerca de casa. Mi camino me llevaba por el muelle del canal, en el que a esa hora no encontré alma viviente, aunque verdad es que vivo en uno de los barrios más apartados de la ciudad. Iba cantando, porque cuando me siento feliz siempre tarareo algo entre

dientes, como cualquier hombre feliz que carece de amigos o de buenos conocidos y que, cuando llega un momento alegre, no tiene con quién compartir su alegría. De repente me sucedió la aventura más inesperada.

A unos pasos de mí, de codos en la barandilla del muelle, estaba una mujer que parecía observar con gran atención el agua turbia del canal. Vestía un chal negro muy coqueto y llevaba un bonito sombrero amarillo. «Es, sin duda, joven y morena», pensé. Por lo visto no había oído mis pasos y ni siquiera se movió cuando, conteniendo el aliento y con el corazón a galope, pasé junto a ella. «Es extraño –me dije–, algo la tiene muy abstraída.» De pronto me quedé clavado en el sitio. Creí haber oído un sollozo ahogado. Sí, no me había equivocado, porque momentos después oí otros sollozos. ¡Dios mío! Se me encogió el corazón. Soy muy tímido con las mujeres, pero en esta ocasión giré sobre los talones, me acerqué a ella y le hubiera dicho «¡Señorita!» de no saber que esta exclamación ha sido pronunciada ya un millar de veces en novelas rusas que versan sobre la alta sociedad. Eso fue lo único que me contuvo. Pero mientras buscaba otra palabra la muchacha recobró su compostura, miró en torno suyo, bajó los ojos y se deslizó junto a mí a lo largo del muelle. Al momento me puse a seguirla, pero ella, adivinándolo, se apartó del muelle, cruzó la calle y siguió caminando por la acera. Yo no me atrevo a cruzar la calle. El corazón me latía como el de un pajarillo que se tiene cogido en la mano. Inopinadamente la casualidad vino en mi ayuda.

Por la acera, no lejos de mi desconocida, apareció de pronto un caballero vestido de frac, impresionante por los años, aunque no lo fuera por su manera de andar. Caminaba haciendo eses y apoyándose con tiento en la pared. La muchacha iba como una flecha, rauda y tímida, como van por lo común las mocitas que no quieren que se las acompañe a casa de noche, y, por supuesto, el caballero tambaleante no hubiera podido alcanzarla si mi suerte no le hubiera sugerido recurrir a una estratagemas. Sin decir palabra, el caballero se arrancó de repente y se puso a galopar en persecución de mi desconocida. Ella volaba, pero no obstante el caballero de los trompicones iba alcanzándola, la alcanzó por fin, la muchacha lanzó un grito... y yo doy gracias al destino por el excelente bastón de nudos que mi mano derecha empuñaba en tal ocasión. En un abrir y cerrar de ojos me planté en la acera opuesta, el caballero importuno comprendió al instante de qué se trataba, tomó en consideración el argumento irresistible que yo blandía, calló, se desvió, y sólo cuando se halló bastante lejos protestó contra mí en términos bastante enérgicos, pero sus palabras apenas se percibían desde donde estábamos.

–Deme usted la mano –le dije a mi desconocida–. Ese sujeto ya no se atreverá a acercarse.

Ella, en silencio, me alargó la mano, que aún temblaba de agitación y espanto. ¡Oh, caballero importuno, cómo te di las gracias en ese momento! La miré fugazmente. Era bonita y morena. Había acertado. En sus pestañas negras brillaban aún lágrimas de miedo reciente o de tristeza anterior. No sé. Pero a los labios afloraba ya una